

Benedetta Belloni, *La figura del morisco nella drammaturgia spagnola dei secoli XVI e XVII: tra storia ed evoluzione letteraria*,

Milano, Edizioni Universitarie di Lettere Economia Diritto, 2017, pp. 360.

ISBN: 978-88-7916-838-0

DANIEL FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

Universitat de València



Desde la toma de Granada por los Reyes Católicos en 1492, la llamada *cuestión morisca* fue una llaga hiriente que trajo de cabeza a los gobernantes y legisladores españoles y, lo que es más grave, sacudió la convivencia entre las dos comunidades, la cristiana y la musulmana. Empeñados aquellos en resolver por las bravas el conflicto, los moriscos se vieron forzados a emprender el cruel camino del exilio, no sin antes haber dejado huella en los tablados del Siglo de Oro, que es justamente el principal objeto de estudio de la presente monografía a cargo de Benedetta Belloni.



En el primer capítulo, se nos ofrece un detallado panorama de la situación de los moriscos en la España de los siglos XVI y XVII. Decididos como estaban a construir su reino sobre la base de un único credo religioso, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón encaran el problema de las minorías raciales no asimiladas sin ánimo alguno de tolerancia. Luego de expulsar a la judía en 1492, se ocupan de la morisca, cuyo futuro pendió de un hilo durante muchos años. Tras la fallida labor evangelizadora del arzobispo Hernando de Talavera, el poder real recae en manos del cardenal Jiménez de Cisneros, cuyos métodos inquisitoriales dirigidos a obtener la conversión forzada provocan una insurrección violenta en el Albaicín de Granada, que se extiende luego a otros lugares. Obligados por un real decreto de 1501 a convertirse al cristianismo, la mayoría opta por renegar de su fe solo en apariencia y seguir practicando en secreto el ritual mahometano. Se llega así a la revuelta de 1568-1570, ya bajo la regencia de Carlos V, que reviste especial gravedad por asociarla al peligro turco, y que se salda con drásticas medidas de prohibición que alcanzan todos los ámbitos (la lengua, la vestimenta, los baños públicos...), y con la dispersión de los moriscos granadinos por diversas zonas de la península. Agotados los métodos persuasivos, se intensifican a partir de esta fecha las persecuciones, que desembocan en la definitiva expulsión que tiene lugar en 1609, decretada por Felipe III: en torno a 300.000 moriscos abandonaron el territorio español, la mayoría con destino al norte de África. Además de la pérdida demográfica, el éxodo supuso un serio revés para la maltrecha economía hispana, pues de la

ción violenta en el Albaicín de Granada, que se extiende luego a otros lugares. Obligados por un real decreto de 1501 a convertirse al cristianismo, la mayoría opta por renegar de su fe solo en apariencia y seguir practicando en secreto el ritual mahometano. Se llega así a la revuelta de 1568-1570, ya bajo la regencia de Carlos V, que reviste especial gravedad por asociarla al peligro turco, y que se salda con drásticas medidas de prohibición que alcanzan todos los ámbitos (la lengua, la vestimenta, los baños públicos...), y con la dispersión de los moriscos granadinos por diversas zonas de la península. Agotados los métodos persuasivos, se intensifican a partir de esta fecha las persecuciones, que desembocan en la definitiva expulsión que tiene lugar en 1609, decretada por Felipe III: en torno a 300.000 moriscos abandonaron el territorio español, la mayoría con destino al norte de África. Además de la pérdida demográfica, el éxodo supuso un serio revés para la maltrecha economía hispana, pues de la

población morisca, cuya laboriosidad era proverbial, dependían en gran medida los cultivos, particularmente los de la seda y la vid, así como el comercio y los oficios artesanos.

Descritas al detalle las circunstancias histórico-sociales, la autora analiza los principales rasgos culturales y religiosos que configuraban la idiosincrasia morisca, para concluir con un interesante apartado sobre la lengua (en concreto, sobre la situación de bilingüismo: árabe clásico en decadencia y predominio del árabe dialectal y las lenguas romances) y los textos literarios aljamiados, buena parte de ellos traducciones de originales árabes.

Se ocupa a continuación, en el capítulo segundo, de la imagen del morisco en la sociedad española de la época, una imagen estereotipada construida mediante una serie de mecanismos cuyo último fin es presentarlo como un disidente, un extraño, un extranjero que ha de ser discriminado y apartado: con el fin de suscitar rechazo y desprecio, se resaltan sus imperfecciones y se exageran o desfiguran sus rasgos más característicos, en especial los que atañen a la esfera cultural y religiosa. Deformada así su figura, resultó más fácil alentar el comportamiento antimorisco de la comunidad cristiana y justificar la expulsión de 1609. A ello contribuyeron también una serie de escritores, que no dudaron en calificar la medida, a su entender legítima y necesaria, como un «magno acontecimiento» y presentar al rey Felipe III como «gran libertador». Al respecto, baste mencionar algunos títulos, oportunamente comentados por Belloni, tales como *Justa expulsión de los moriscos de España*, de Damián Fonseca, o *Memorable expulsión y justísimo destierro de los moriscos de España*, de Marcos de Guadalajara.

Luego de examinar los factores que actúan en la formación de esa imagen estereotipada, Belloni examina con rigor y claridad las condiciones que facilitaron el funcionamiento y desarrollo de los prejuicios antimoriscos, con el consiguiente proceso de estigmatización y, a la postre, islamofobia: se les acusa de ser avaros y viciosos, de multiplicarse de forma desmesurada y de practicar la poligamia; se desprecia su apariencia física (también su humilde profesión, la agricultura en la mayoría de los casos) y se ridiculizan sus hábitos alimentarios y otros comportamientos de la vida cotidiana.

Adentrándose ya en un ámbito más estrictamente literario, el capítulo tercero aborda el estudio de la figura del morisco en el teatro español del siglo XVI. Antes, se rastrean sus antecedentes medievales, que pueden resumirse en dos, y de signo bien distinto: en primer lugar, el 'moro enemigo' de los primeros siglos de la Reconquista, presente siempre de una manera u otra en el imaginario colectivo cristiano y que se refleja, por ejemplo, en el *Cantar de Mio Cid* o en el *Romancero viejo*; en segundo lugar, y como consecuencia del estancamiento de la empresa reconquistadora a partir del siglo XIII, el moro generoso y más o menos idealizado del *Abencerraje*, que inaugura como es sabido la tradición literaria de la maurofilia (y que reaparece más tarde en las denominadas *comedias de moros y cristianos*). El mismo espíritu de tolerancia y de respeto hacia lo musulmán que deja entrever esta última figura tiñe también los romances *fronterizos* de la segunda mitad del siglo XV, embrión de los romances *moriscos* posteriores.

Por lo que respecta al personaje del morisco en el teatro del XVI, se advierte un proceso de marginalización idéntico al que paulatinamente fue consolidándose en la mentalidad colectiva, acentuado con el transcurso de los años por la rebelión de las

Alpujarras de 1568 y el peligro turco que se cernía sobre el Occidente cristiano. De esta forma, como observa la autora, «la figura del cavaliere moro sentimentale presente nella *novela morisca* si trasforma in quella del miserabile moro/*morisco* demonizzato e ridicolizzato all'interno del discorso teatrale di fine secolo, configurandosi esattamente come il riflesso letterario della figura sociale» (p. 163). Así ocurre en las tres obras estudiadas: *Farsa de la Iglesia* (1554), de Sánchez Badajoz, que presenta de forma maniquea la oposición entre dos grupos de personajes, la Sinagoga (una mujer vieja y enlutada) y el Moro por un lado, y la Iglesia («muy linda y honestísimamente ataviada») y el Pastor por el otro; *Paso de un soldado, y un moro y un ermitaño* (1565), de Joan de Timoneda, en la que el primero rememora diversos episodios de la campaña de Carlos V contra los musulmanes de Túnez en 1535 y el segundo es un vendedor de gallinas; *Comedia Armelina* (1567), de Lope de Rueda, cuyo personaje principal, Mulién Bucar, concentra los estereotipos y convenciones literarias sobre el musulmán. En las tres obras, por lo demás, se hace uso del lenguaje (la peculiar jerga morisca) y del vestuario como elementos identificativos de los personajes pertenecientes a esa comunidad.

El cuarto y último capítulo está dedicado a la figura del morisco en las comedias de Lope de Vega. Descendiente directo tanto del pastor rústico de las primitivas representaciones medievales como del simple de Lope de Rueda o el bobo del teatro del siglo XVI, el personaje literario del morisco (para cuya creación Lope recurre a los acostumbrados estereotipos) se equipara por lo general al gracioso de los escenarios del Siglo de Oro. Lo mismo que este, representa el papel de criado y funciona como antagonista cómico del personaje principal, que suele ser su amo. Leal por interés, sus afanes exclusivamente materiales contrastan con el proceder noble e idealista del galán.

Así caracterizado, el morisco gracioso de Lope reproduce en escena los valores y prejuicios de la ideología política y religiosa dominante. Para demostrarlo, se analiza con detenimiento un corpus de nueve comedias del Fénix (*El hidalgo Bencerraje, Los esclavos libres, La divina vencedora, El cordobés valeroso Pedro Carbonero...*), escritas entre 1593 y 1618. Curiosamente, pese a ser esos los años en que la cuestión morisca alcanzó mayor virulencia, casi todas ellas están ambientadas en la época medieval o en los tiempos anteriores a la conquista de Granada, esto es, antes de que existieran propiamente, en términos históricos, los denominados *moriscos*.

Según ilustra Belloni, para construir una imagen negativa del personaje, Lope se vale de una serie de procedimientos cuyo fin no es otro que ridiculizar su comportamiento, desatar las carcajadas entre el público y, finalmente, someterlo a los valores imperantes, tales como la afición por el vino y el tocino, prohibidos ambos para el musulmán; la jerga morisca, un castellano vulgar plagado de interferencias de la lengua árabe; o la conversión al cristianismo (a menudo gracias a la intervención de la Virgen María), por lo común al final de la obra, como símbolo del restablecimiento del orden.

Todo lo cual vendría a corroborar, de acuerdo con la tesis sustentada por Belloni, que la función del morisco en el teatro lopesco consiste en ejercer de mero agente cómico para tratar de divertir al público, y que su presencia en las tablas, lejos de despertar el menor atisbo de crítica social, sirve únicamente para transmitir y consolidar el pensamiento establecido.

El libro se completa con diez apéndices que recogen otros tantos documentos históricos de gran interés en relación con el tema tratado, como las *Capitulaciones de Granada*, el bando de la expulsión de los moriscos de Valencia o el significativamente titulado *De la condición, trato, traje, comida, oficio, vicio y pestilencia pegajosa de los moriscos*.

El estudio de Benedetta Belloni constituye una herramienta fundamental para conocer a fondo la esencia y la evolución del personaje morisco en los corrales de comedias del Siglo de Oro, así como sus precursores literarios y teatrales y el contexto histórico y social de dicha comunidad. El lector que se adentre en sus páginas, sin embargo, a buen seguro no solo se formará una idea cabal de una de las épocas más convulsas y fascinantes de la historia de España, sino que también obtendrá una mayor –y mejor– perspectiva del presente y, sobre todo, del porvenir en lo que atañe a la convivencia entre distintas culturas. Son, todas ellas, buenas razones para hacerse con este libro.

Revista de lenguas y literaturas
ibéricas y latinoamericanas